

EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 51 (2018), páginas 19-29

Daniel Miguel López Rodríguez

Universidad de Sevilla

En torno a la Idea de ideología

Resumen:

En el presente artículo procuraremos esbozar la génesis de la Idea de ideología en el materialismo francés, y su desarrollo en el marxismo bajo el sentido de conciencia falsa. Asimismo, tendremos en cuenta el papel de la ideología en el quehacer político, social y cultural. También estudiaremos la crítica de Marx contra la clase dominante. Finalmente veremos que en el Diamat soviético se incluyó el término ideología como conciencia verdadera, es decir, la ideología no quedó reducida a la conciencia falsa, sino que se incorporó a diversos tipos de conciencia y de práctica, rebasándose así la interpretación que le dio Marx.

Palabras clave: ideología, conciencia falsa, conciencia verdadera, clase dominante, quehacer ideológico, escatología.

Abstract:

In this article we will try to sketch the genesis of the Idea of ideology in French materialism and its development in Marxism under the sense of false consciousness. Moreover, we will consider the role of ideology in the political, social and cultural. We will also study Marx's critique of the ruling class. Finally, we will see that in the Soviet Diamat the term ideology was included as true conscience, that is to say, the ideology was not reduced to the false conscience, but it was incorporated to diverse types of conscience and practice, surpassing the interpretation that Marx gave him.

Keywords: ideology, false conscience, true conscience, ruling class, ideological work, eschatology.

EL BASILISCO

Fundador

Gustavo Bueno

Director

Gustavo Bueno Sánchez (Universidad de Oviedo)

Secretaría de Redacción

Clara Bueno (Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción

Ismael Carvallo (Facultad de Filosofía de León, México)

Jesús G. Maestro (Universidad de Vigo)

José Arturo Herrera Melo (Universidad Veracruzana, México)

Patricio Peñalver (Universidad de Murcia)

Elena Ronzón (Universidad de Oviedo)

Pedro Santana (Universidad de La Rioja)



Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados anónimamente por pares de evaluadores externos a la Fundación Gustavo Bueno. EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral. Véanse las normas para los autores en: <http://www.fgbueno.es/edi/basnor.htm>

<http://www.fgbueno.es/bas>
basilisco@fgbueno.es

ISSN 0210-0088 (vegetal) - ISSN 2531-2944 (digital)
Depósito Legal: O-343-78



© Fundación Gustavo Bueno * Avenida de Galicia 31 * 33005 Oviedo (España)



En torno a la Idea de ideología

Daniel Miguel López Rodríguez

Universidad de Sevilla

1. La génesis de la Idea de ideología

En un principio, el término «ideología» se presentó bajo el significado de «ciencia de las ideas» entre los filósofos materialistas franceses de finales del siglo XVIII. Estos filósofos apelaban al sensualismo, al pensar que las ideas procedían de las sensaciones (por lo que se posicionaban desde una especie de *formalismo primogenérico*, propio del «materialismo vulgar» o «grosero»). Estos filósofos eran principalmente Destutt de Tracy, Étienne Bonnot de Condillac, Pierre-Jean-Georges Cabanis, Claude-Adrien Helvetius, el conde de Volney, Emmanuel-Joseph Sieyès...

Sería Antoine Louis Claude, conde Destutt de Tracy, el que entre 1796 y 1798 acuñó el término «ideología» en unas lecciones que dio en el Institut national des sciences et des arts, en las clases concernientes a la sección de «Análisis de las sensaciones y de las ideas». Aunque, según el propio Destutt, sería Étienne Bonnot de Condillac, filósofo empirista francés influenciado por John Locke que llegaría más lejos que éste en la negación del innatismo, el que creó la ciencia de la ideología.

El nuevo término venía a sustituir al término «metafísica» y era definido como ciencia de las ideas (lo que venía a ser una definición meramente etimológica), y de ahí que sostuviese que tal ciencia es la primera de las ciencias, porque de ella emanan todas las demás. La ideología se entendía, pues, como la ciencia que estudia la *génesis y estructura* de las ideas, así como la combinación de las mismas, y se pensaba que con tal estudio se estaba en mejor disposición para conocer la conducta del ser humano hacia la conquista del progreso en todas sus actividades. De modo que conocer es conocer ideas, las cuales –para el ideólogo francés– no

son representaciones mentales, sino que son más bien sensaciones; de ahí que se requiera una ideología para llevar a cabo una completa formación del ser humano. El método empleado por Destutt era al mismo tiempo analítico y empírico.

Pero Destutt de Tracy no se limitó simplemente a acuñar el término, ya que también fue el precursor de la corriente de los llamados «ideólogos» (*idéologues*), con el primer volumen de sus *Eléments d'idéologie* (1801). Destutt de Tracy entendía la ideología como una ciencia fundamental que tenía como objeto «los conocimientos»; de ahí que la ideología estuviese vinculada a la gramática general, encargada de los métodos de la estructura básica del entendimiento humano y la ciencia de los signos, y a la lógica, que se entendía como el estudio especulativo de los modos del conocer humano y el examen de la formación de nuestras ideas (de ahí que se tratase de una lógica empirista). Pero Destutt de Tracy y los ideólogos no reducían el significado de la ideología a la mera especulación, sino que proponían una comprensión de *implantación política*, al situar el estudio de las ideas al objetivo de alcanzar valores y conocimientos que contribuyesen al progreso social, político y económico. Los ideólogos no eran meros intelectuales, sino hombres de acción involucrados en los quehaceres de la Revolución Francesa. Los ideólogos eran filósofos militantes. De ahí que si, en principio, el término ideología no estaba, como ya lo estaría plenamente en Marx, vinculado con la política, y se trataba de un término propiamente filosófico, ya en los propios ideólogos se da el paso de la especulación a la *implantación política* de la ideología.

En principio los «ideólogos» tomaron partido por Napoleón Bonaparte, pero posteriormente se

posicionaron en contra, lo que motivó en el Emperador duros comentarios que se difundieron y le otorgaron al término «ideología» un sentido peyorativo. De ahí que los ideólogos fuesen denunciados como «doctrinarios»¹. No sería hasta 1815, con la restauración borbónica, cuando Destutt de Tracy pudo ver por fin la publicación completa de sus *Elements d'idéologie*.

Entre los ideólogos españoles destacaba el liberal moderado Miguel García de la Madrid, el cual publicó a través de la imprenta de Don Antonio Brusi en Barcelona en 1820 una obra titulada *La Ideología*. «La España no puede decir que tiene todavía unos elementos de ideología, porque la esclavitud de la pluma y el escolasticismo tan dominante en las universidades impidieron traducir, ni reducir las obras más sobresalientes de un Locke, un Condillac, un Destutt, un Laromiguière. Pero habiendo yo sido nombrado por el gobierno español para sustituir la cátedra de lógica establecida en los estudios nacionales de S. Isidro de Madrid, tuve que emprender esta obra, yendo por camino no trillado, o por mejor decir abriendo nuevo camino. La contradicción que ha sufrido siempre toda novedad en las ciencias, especialmente cuando una nación está atrasada en ellas, y la gente instruida está apesgada a los errores que aprendió, no me desanima; dispuesto estoy al combate literario, como hizo Feijoo cuando trató en su *Teatro Crítico* de lo que conviene quitar en la lógica. Sin embargo, he tenido que llenarla de notas y de ilustraciones, ya para manifestar a los tercios que mis opiniones no son nuevas, ya porque sin dichas notas e ilustraciones no habría permitido la tiranía anterior la impresión de esta obra. He querido pues publicarla con ellas para que conozca el pueblo español cuánto trabajo costaba entonces decir la verdad»².

2. La conciencia falsa

Lo que Marx, en última instancia, viene a decir con el término «ideología» es la «falsa conciencia» (*falsche Bewusstseins*). Aunque sería más correcto hablar de «conciencia falsa», porque una «falsa conciencia» no es una conciencia, es una pseudoconciencia, y lo que se quiere a dar a entender es que se consta de una conciencia que es falsa, es decir, que tiene un contenido falso pero que es conciencia, es decir, es una verdadera conciencia, pero no una conciencia verdadera impermeable a las falsedades.

«Ideología» se entiende en Marx como conciencia falsa que encubre la realidad y también, en menor medida sin y ser incompatible con lo anterior, como conciencia falsa en tanto *Nebelbildung* o «representación nebulosa» que se opone al conocimiento verdadero o la ciencia positiva.

(1) Véase José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía I-M*, RBA Coleccionables, Barcelona 2005, pág. 1749.

(2) Miguel García de la Madrid, *La Ideología*, <http://www.unav.es/gep/LaIdeologia1.html>.

Según Marx, las ideologías son formas socializadas de «falsa conciencia» y creencias constitutivas del mundo real; son, pues, «formaciones nebulosas» que dependen de determinadas condiciones materiales, aun siendo ideas que no se corresponden con la realidad (al menos en el *progressus*; de ahí el carácter metafísico de estas ideas). Las ideologías, más que sistemas plenamente organizados, son nubes de creencias que al delimitar su contorno están enfrentadas a otras nubes de creencias, y en tal confrontación dialéctica se desencadena una tormenta que influye directamente en la política real (y ésta, a su vez, en el contenido de las ideologías). «La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia»³.

Según Marx, una ideología es el reflejo del movimiento aparente de las cosas (una *apariencia falaz*, diríamos) en la conciencia de los agentes de la producción, y asimismo una imagen invertida de la realidad, pues la ideología pone al mundo «cabeza abajo». Así, «las ideologías se alimentan de este reflejo del movimiento aparente y lo elaboran conscientemente, haciendo de él sistemas doctrinales»⁴. Por tanto, «la ideología no viene a ser simple reflejo pasivo de la realidad aparente en la conciencia; la ideología tiene un papel activo en el desarrollo de una clase; ella contribuye a darle una cohesión más fuerte; ella juega un papel en defensa de sus intereses; es en la ideología donde una clase toma conciencia de sí misma. Es por ello por lo que uno de los aspectos de toda lucha de clases se encuentra en la “lucha ideológica”, contra las construcciones que tienden a dar un valor universal a la ideología del adversario»⁵. Así, «los hombres viven de ideología, es en la ideología donde ellos encuentran su coherencia interna, sus razones de ser y actuar; es en la ideología (y en la organización política) donde una clase se constituye en clase; la ideología pues no es una creación secundaria, superflua, exterior: sin ideología una clase social pierde toda su cohesión, toda su fuerza; por ello la ideología es “vívida”: un individuo (o una clase) cree profundamente en su ideología; los burgueses de 1789 creyeron realizar realmente el reino universal de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad»⁶. «La ideología será entonces el dominio de los “valores” morales, de las

(3) Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Akal, Traducción de Wenceslao Roces, Madrid 2014, pág. 21.

(4) Jean Guichard, *El marxismo. Teoría y práctica de la revolución*, Traducción de José María Llanos, Editorial Española Desclee de Brouwer, Bilbao 1975, pág. 356.

(5) *Ibid.*, pág. 358.

(6) *Ibid.*, pág. 362-363.

creencias, de las filosofías; el dominio o terreno de los sueños, de las esperanzas, de las utopías en nombre de las cuales el hombre dice lo que hace, y sin las cuales él no hace absolutamente nada; es necesario a todo hombre, a toda clase, a toda sociedad dar de este modo un sentido a su existencia»⁷.

A diferencia de Descartes, que pensaba que la conciencia era algo individual o abstracto, y que en la soledad se puede meditar en profundas «cogitaciones» que incluso se nutren de archimetafísicas ideas innatas, Marx pensaba que la conciencia es un mecanismo especialmente social y, tomando el relevo al empirismo inglés, no existen las ideas innatas (como así también lo pensaba Destutt de Tracy). La conciencia falsa ha de ser refutada junto a la crítica a las condiciones históricas y sociales en las que está inserta la conciencia, la cual está determinada por el ser social e histórico de los hombres, y desde luego por el ser natural y la infinitud de la materia.

Luego se podría decir que el ideólogo no es un filósofo, sino más bien un filodexo, así como un adoctrinador y un predicador (en una palabra: un impostor). Según Marx, la conciencia falsa es encubridora de la explotación, por lo que «ideología» tiene más bien un sentido peyorativo. La conciencia falsa es aquella que se sitúa en una posición en la que es incapaz de corregir sus errores; es, por ello, un cerrojo (un *cerrojo ideológico*, diríamos). Aunque sólo cabe hablar de conciencia falsa cuando los contenidos de dicha conciencia, que se tomaban como válidos, sean *tritutados* o absorbidos por contenidos más potentes que puedan reducir al absurdo a los anteriores, pues éstos son contenidos de una conciencia deformada que consecuentemente ofrece un mapamundi distorsionado o invertido.

La conciencia falsa es falsa porque se representa lo que no es, se representa o representa contra los demás lo irreal (que a su vez pueden responder con otras ideologías igual de falsas o más o menos falsas, aunque también pueden responder con la verdad o con *frangas de verdad*). Las ideologías son, por tanto, como formas de engaño y de autoengaños colectivos.

La conciencia falsa se hace más abstracta y errónea mientras más brille en ella la evidencia o la certeza práctica, aunque el «consenso de las conciencias» sea prácticamente universal. Un ejemplo de esto es la evidencia que tuvieron durante siglos los hombres de que la Tierra era el centro del universo y de que el Sol giraba alrededor de la misma. Pero se trataba de una evidencia que en realidad era errónea y abstracta, por mucho que estuviese consensuada universalmente, como demostró la revolución copernicana.

Como le escribía Engels a Franz Mehring el 14 de julio de 1893, «la ideología es un proceso que el llamado pensador cumple conscientemente, es cierto,

pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas motrices que lo impulsan le permanecen desconocidas, pues de lo contrario no sería un proceso ideológico. Porque es un proceso mental, deriva su forma y su contenido del pensamiento puro, sea el suyo propio o el de sus predecesores. Trabaja con material meramente intelectual, que acepta sin examen como producto del pensamiento, no investiga buscando un proceso más lejano, independiente del pensamiento; su origen le parece evidente, porque como todo acto se verifica por intermedio del pensamiento, también le parece estar basado en última instancia sobre el pensamiento. El ideólogo que trata de historia (entendiendo aquí por historia simplemente todas las esferas –la política, la jurídica, la filosófica, la teológica– pertenecientes a la sociedad y no sólo a la naturaleza) posee en cada dominio científico una documentación formada independientemente en el pensamiento de generaciones anteriores y que ha atravesado una serie independiente de desarrollos en los cerebros de esas generaciones sucesivas. Es verdad que los hechos exteriores pertenecientes a su esfera propia o a otras pueden haber ejercido una influencia codeterminante sobre este desarrollo, pero se presupone tácitamente que esos hechos son a su vez solamente frutos de un proceso intelectual, de modo que seguimos estando dentro de ese reino del pensamiento puro, que ha digerido con éxito los hechos más tercos»⁸.

Pero la ideología por sí misma no puede salir del pensamiento puro. Como se ha dicho, «la *falsa conciencia* no es tanto una falsedad absurda o un delirio sin sentido, sino una verdad parcial deformada por el prisma de las relaciones sociales de producción en las que se inserta la explotación. La *falsa conciencia* tergiversa las relaciones y conexiones reales, pero parte, por necesidad gnoseológica –aquí el Diamat es coherente con su *teoría del reflejo* y de la *actividad*– de condiciones objetivas realmente existentes»⁹.

La ideología, en tanto conciencia falsa, es un mecanismo de inversión, es decir, un mecanismo que vuelve todo al revés, como hace una cámara oscura. La paradoja de todo esto es que, en algunos casos, cuanto más falsa es la conciencia falsa más aparenta ser conciencia verdadera, y esto hace que la conciencia falsa se transforme en una «evidencia», como evidente era – trayendo de nuevo nuestro ejemplo– para los hombres de la Edad Media que la Tierra era el centro del universo y el Sol giraba en torno a ella, al observar que éste salía por el este y se ponía por el oeste. De ahí que sea posible que muchos den la vida por sus creencias, que no son otra cosa que una conciencia falsa que invierte y pervierte el sentido de la realidad, y el ser ideologizado hace del sentido de su vida un sinsentido y con todo persevera

(8) Karl Marx y Friedrich Engels, *Sobre la religión*, Edición preparada por Hugo Assmann y Reyes Mate, Ágora, Salamanca 1974, pág. 453.

(9) José Ramón Esquinas Algaba, *La Idea de Materia en el Materialismo Dialéctico*, Tesis Doctoral, Universidad de Oviedo, 2015, pág. 245.

(7) *Ibid.*, pág. 363.

en tal sinsentido, porque el *cerrojo ideológico* lo ha atrapado bien con sus garras. *Nadie sabe lo que puede una ideología*.

Si la teoría no coincide con la práctica, entonces tenemos el caso de la conciencia falsa, al tratarse de mera palabrería sin correlato *realmente existente*; por lo tanto, para huir del engaño y acercarnos al desengaño, teoría y práctica tienen que coincidir; es decir, en la «interpretación» del mundo están las claves de su «transformación», pero si dicha interpretación no transforma el mundo, entonces es una conciencia falsa, la cual viene a ser un «tejido conceptual o perceptual enfermo»¹⁰.

La conciencia falsa no reconoce las contradicciones y además se esfuerza por ocultarlas (esto se correspondería con la impostura, es decir, el ideólogo no es ningún ingenuo, y más bien se pasa de listo). Así, la conciencia falsa será «el atributo de cualquier sistema de ortogramas en ejercicio tal que pueda decirse de él que ha perdido la capacidad “correctora” de sus errores, puesto que cualquier material resultará asimilable en el sistema. Según nuestras premisas, esta atrofia de la capacidad “autocorrectora” sólo podrá consistir en el embotamiento para percibir los mismos conflictos, limitaciones o contradicciones determinados por los ortogramas en ejercicio, eventualmente en la capacidad para envolverlos o encapsularlos en su curso global. Es obvio que los mecanismos efectivos que llevan a este embotamiento (al menos cuando se trata de las grandes formaciones ideológicas) no son tanto psicológicos o individuales (derivados de patologías, desviaciones de personalidad) cuanto sociales y políticos»¹¹.

Es decir, el embotamiento ideológico (o *cerrojo ideológico*) no es propio de una *locura subjetiva*, que podría ser subsanada con medicinas o tratamiento médico, sino de una *locura objetiva*, que sería propia de ser tratada para su remedio o corrección desde una filosofía capacitada para desactivar hipóstasis metafísicas y *mitos tenebrosos* que funcionan como ideologías dominantes del presente *en marcha*, es decir, como conciencias falsas objetiva y *políticamente implantadas*, a fin de engordar determinados intereses en detrimento de otros grupos con similares intereses o intereses opuestos.

La religión, como es el caso de la religión cristiana en sus diferentes confesiones, se presenta como la ideología por antonomasia (por no hablar del judaísmo, del islam o de refluencias de *religiones secundarias* como la ufología o el espiritismo, éste último muy en boga en la Inglaterra de los tiempos de Marx, por influencia de la India). La religión cristiana es interpretada como una ideología en el sentido de la falsedad absoluta, puesto que tiene la pretensión de revelar el sentido absoluto de la historia universal, al profetizar la salvación del Género

Humano (así como su condenación eterna en el valle de azufre y fuego para los impíos y malvados). La religión cristiana se presenta como confidente de la divinidad, al afirmar que ha recibido un mensaje de la divinidad, que ha recibido una revelación especial; cosa que va contra la racionalidad, pues se pretende ser portavoz de un mensaje de salvación recibido a través de una intuición *praeterracional* (aunque se plasme en algo tan material como el papel de la Biblia o en el cuerpo de la Iglesia militante). La ideología religiosa podría recuperar la vieja fórmula atribuida a Tertuliano y proclamar: *credo quia absurdum*.

Pero, contra el *intuicionismo praeterracional*, afirmamos decididamente que los saberes y la racionalidad están moldeados desde instituciones antropológicas e históricas que se han ido forjando dialécticamente, dependientes de la *cultura extrasomática* y de *naturalezas impersonales*, así como de los seres situados en el *eje angular* del *espacio antropológico*, esto es, seres personales, o personeiformes finitos y corpóreos que no son humanos (al menos si nos situamos desde un *espacio antropológico* tridimensional y no desde un *espacio antropológico* bidimensional o plano, como era el de Hegel con la distinción Naturaleza y Espíritu o el del propio Marx con la distinción Naturaleza e Historia).

Los ideólogos, al igual que los sofistas de la antigua Grecia que criticó Platón (ser preso de una ideología sería como estar en la caverna que criticaba Platón), son fabricantes de apariencias (de *apariencias falaces*); aunque –como se ha dicho– «la *apreciación subjetiva* de los ideólogos no debe confundirse con su función *objetiva*»¹². Es decir, no es lo mismo los *finis operantis* del ideólogo que los *finis operis* de su ideología una vez objetivada.

La ideología, como conciencia falsa, viene a ser un concepto similar a la necesidad de la concatenación de las ideas inadecuadas o confusas que Espinosa formuló en la *Ética*: «La falsedad consiste en la privación del conocimiento que implican las ideas inadecuadas o mutiladas y confusas. Y las ideas inadecuadas y confusas se suceden con la misma necesidad que las ideas adecuadas o claras y distintas»¹³. También cabría corresponder la noción de ideología como conciencia falsa con los *Idola fori* o *Idola theatri* a los que se refería Francis Bacon.

Las ideologías, siempre que se entiendan como «conciencia falsa», vendrían a corresponderse con lo que Gustavo Bueno llama *mitos tenebrosos*, esto es, *mitos oscurantistas y confusionarios*. Y precisamente, como sostiene Bueno, *el papel de la filosofía en el conjunto*

(10) Gustavo Bueno, *Cuestiones cuodlibetales sobre Dios y la religión*, Mondadori, Madrid 1989, pág. 393.

(11) *Ibid.*, pág. 394.

(12) Nikolai Bujarin, *Teoría del materialismo histórico*, Traducción de Pablo de la Torriente Brau, Gabriel Barceló y María Teresa Poyrazián, Siglo XXI, Madrid 1974, pág. 305.

(13) Baruch de Espinosa, *Ética*, Traducción de Atilano Domínguez, Biblioteca de los grandes pensadores, Barcelona 2004, pág. 103.

del saber consiste en triturar esos mitos tenebrosos que acechan a las conciencias (a los sujetos operatorios humanos objetiva y racionalmente institucionalizados) por todas partes, a raíz de la disputa no solamente filosófica, sino además política, científica, artística, religiosa y deportiva. Frente a los mitos tenebrosos Bueno opone los mitos luminosos (y un buen ejemplo de ello es el que podríamos llamar «el mito fundacional de la filosofía»: el mito de la caverna que expone Platón en el libro VII de la *República*). Se podría decir que los mitos oscurantistas y confusionarios son propios de la reacción o el status quo y los mitos luminosos propios de la subversión y la revolución ante el orden vigente (pero no siempre es así).

Bueno apunta que las ideologías son nebulosas de creencias configuradas mediante programas que actúan sobre materiales dados, materiales que vienen a ser ortogramas, los cuales pueden actuar como prejuicios con capacidad moldeadora, pero también como un sistema de axiomas fértiles. Y, como bien se ha dicho, «hay que tener en cuenta que el error no es un criterio suficiente para hablar de falsa conciencia; un científico puede equivocarse, pero ello no es prueba de su falsa conciencia, más bien, será una prueba de la falsa conciencia la actitud operatoria que se tome ante el error»¹⁴.

Asimismo, Bueno ha indicado que la implantación gnóstica de la filosofía es la conciencia falsa por antonomasia. Pues ésta sólo puede ser *emic*, fenomenológica, y no *etic* u ontológica. La filosofía de implantación gnóstica es de estirpe metafísica, al tratarse de una filosofía que se considera como brotando del seno del individuo, una filosofía «libre» de toda contaminación externa en la que se afirma que la conciencia se interroga por los profundos misterios del ser: «por qué existe algo y no más bien nada». Y esto decimos que supone una concepción metafísica porque tal «filosofía» (es decir, tal ideología) es pensada como «la desconexión o abstracción misma de la conciencia de las condiciones biológicas y sociales en las cuales únicamente puede desenvolverse: es el proceso mismo de “reflexivización sustancialista” de la conciencia, entendida originariamente como una conciencia social»¹⁵.

La crítica a la implantación gnóstica de la filosofía del materialismo filosófico se corresponde con la «crítica de la razón pura», dado que tal conciencia gnóstica «equivale prácticamente a la crítica al idealismo filosófico, la crítica a la concepción de una conciencia pura capaz de funcionar en sí misma y por sí misma al margen de cualquier otra forma de conciencia (como si

fuera una conciencia “suspendida sobre la nada”»¹⁶. Y por tanto la implantación gnóstica «es la filosofía como enajenación, el error filosófico radical, la transformación de la conciencia filosófica en conciencia sacerdotal, la “falsa conciencia”. La filosofía gnóstica no es un conjunto de errores: es el error por excelencia»¹⁷. Y dialécticamente la implantación política «es la filosofía como verdad, como “conciencia verdadera”»¹⁸.

3. El quehacer ideológico

No obstante, la ideología no consiste meramente en una conciencia falsa, es decir, no se agota en ser una imagen distorsionada y torcida de la realidad; pues la ideología bien puede ser el propio quehacer de la realidad político-económico-social. Por eso la «“ideología” es una realidad social cuya existencia implica el no conocimiento de sus participantes en lo que se refiere a su esencia»¹⁹. En la ideología, quiero decir, en el funcionamiento institucional de ésta, los individuos no saben lo que hacen, pero es en ese hacer donde está lo ideológico. «Es una cuestión –afirma Žižek– de discordancia entre aquello que la gente efectivamente hace y aquello que piensa que hace», porque el que está preso de las garras de la ideología, visto así, «no sabe lo que en realidad hace»²⁰. Sin embargo, Žižek reinterpreta la fórmula marxiana afirmando que la ilusión no está de parte del saber, sino de la realidad efectiva; no de lo que la gente piense o diga, sino de lo que realmente haga. Es decir, el peso ideológico recae más bien en los *finis operis* que en los *finis operantis*.

La conducta de la gente se torna, pues, ideológica. La ideología no es simplemente una teoría, también es una *praxis*. La actividad de la gente está marcada, por tanto, por una ilusión, «por una inversión fetichista»²¹. Por eso, para Marx la verdad no está en los que los hombres piensen, imaginen o digan de sí mismos, sino en lo que realmente hagan (aunque decir ya es, de algún modo, hacer, pues –como se ha dicho– también es posible «hacer cosas con palabras»).

Es más, «los hombres se han forjado hasta la fecha representaciones falsas sobre sí mismos, sobre lo que son o lo que deberían ser»²². Visto desde el proletariado

(16) Gustavo Bueno, *¿Qué es la filosofía?*, Pentalfa, Oviedo 1999, pág. 102.

(17) Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*, Taurus, Madrid 1972, pág. 262.

(18) *Ibid.*, pág. 263.

(19) Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, Traducción de Isabel Vericat Núñez, Siglo XXI, Madrid 2010, pág. 47.

(20) *Ibid.*, pág. 58.

(21) *Ibid.*, pág. 61.

(22) Karl Marx, *Textos selectos*, Traducción de Jacob Muñoz Veiga, Javier Pérez Royo, José María Ripalda Crespo, Manuel Sacristán Luzón y León Mames, Gredos, Madrid 2012, pág. 47.

(14) Pablo Huerga, *La ciencia en la encrucijada*, Pentalfa, Oviedo 1999, pág. 155.

(15) Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*, Taurus, Madrid 1972, pág. 245.

industrial: ellos saben que la libertad burguesa, aquella libertad en la que los obreros optan libremente por vender su fuerza de trabajo –porque si no la otra opción sería morir de hambre–, es una libertad que encubre la explotación y los abusos, pero aun así son favorables a esta idea de libertad, y siguen votando a los partidos políticos burgueses o aburguesados que los explotan enmascaradamente (a veces descaradamente). El comunismo, con vistas a la revolución que traería la victoria final del proletariado universal y en consecuencia la emancipación del Género Humano, traería a los obreros la auténtica representación de lo que realmente son (la revolución es como la salida de la caverna).

Según Žižek, la ideología no consiste en ser una ilusión o un sueño que nosotros mismos construimos para escabullirnos de la soporífera realidad laboral (algo así como el opio que –según decía Marx refiriéndose a la religión– el pueblo se administra a sí mismo para hacer más leve y llevadera su miseria en este mundo terrenal, entendido como un valle de lágrimas). «Una ideología “se apodera de nosotros” realmente sólo cuando no sentimos ninguna oposición entre ella y la realidad –a saber, cuando la ideología consigue determinar el modo de nuestra experiencia cotidiana de la realidad»²³. Es decir, la ideología está instalada en nuestra vida real y moldea nuestro comportamiento. Y, si la cosa funciona, la ideología se incorpora a nuestra vida y de este modo nos negamos a quitarnos las vendas que nos desideologizan. «No lo saben, pero lo *hacen*»²⁴.

4. La ideología de la clase dominante

Lo que en última instancia Marx quería destapar era la ideología de la clase dominante de su tiempo, esto es, el enmascaramiento de un sistema económico-social determinado. De modo que Marx quería desvelar la auténtica idiosincrasia de la sociedad burguesa, y tras dicho desvelo o desenmascaramiento, destruirla y edificar sobre sus ruinas la sociedad socialista y, en su fase superior, comunista. Sociedad futura en la que el hombre no explotará al hombre, porque estará desalienado, al no haber ideologías que oculten la verdad. Visto así, Marx estaría de acuerdo con el evangelista cuando dijo aquello de «la verdad os hará libres» (Juan 8.31).

Si para Destutt de Tracy las ideologías eran determinaciones universales, para Marx venían a ser entendidas como determinaciones particulares propias no ya de un individuo concreto sino de un grupo social, y por ello es una conciencia objetiva. Las ideologías no son, por tanto, cosas de una mente (o de una clase distribuida

de mentes particulares, subjetivas), sino de una parte de la sociedad polémicamente situada contra otras partes. Sólo en la sociedad dividida y enfrentada en clases sociales, grupos, &c. puede hablarse de ideologías. Una ideología se nutre entonces de un material de ideas dado, material que a su vez es moldeado y transformado, ya que toda corriente ideológica tiende a crecer y desarrollarse (o, en su caso, a menguar y destruirse) frente a otras corrientes ideológicas, de acuerdo con aquella máxima que reza *pensar es pensar contra alguien o contra algo* (y si esto no es posible entonces sencillamente no se piensa, ya que toda determinación es una negación). Aunque, en rigor, el método ideológico no consiste en partir del objeto mismo, sino de las concepciones que de él nos formamos, es decir, la realidad se deduce no de sí misma sino de la imaginación.

Marx criticó sin piedad a toda concepción de la política que encubría intereses de clase ligados a fuerzas del todo «idealistas». Por ello, redefinió el término «ideología» imprimiéndole un significado sociológico dialéctico, entendiendo así a las ideologías como formaciones propias de unos grupos sociales enfrentados a otros grupos sociales; es decir, las ideologías son conceptos e ideas que emplean determinados grupos o clases sociales para justificar sus posiciones frente a otros grupos o clases sociales. Las ideologías, al estar socialmente arraigadas, tienen inexorablemente un componente dialéctico, y en consecuencia polémico, al pensarse unas ideologías contra otras. Y pensar es pensar objetivamente en torno a y por mediación de la *materia determinada* de la que partimos en nuestro *regressus* crítico *tritador* al que corresponde una vuelta a los *fenómenos* o *progressus* que los racionalice, pero no siempre de modo pacífico y amistoso, sino también violento e incluso sanguinario (al menos en la polémica ciudad de los hombres, no ya en la armoniosa ciudad de Dios y de sus ángeles celestiales puramente pacíficos y espirituales que *ni existe ni puede existir*).

El *Diccionario soviético de filosofía* de Mark Rosental y Pavel Iudin²⁵ afirma en su edición de 1939 (1946 en español), citando a Lenin en *¿Qué hacer?*, que es imposible «una ideología al margen de las clases o por encima de ellas»; de ahí que se subraye que en la sociedad dividida en clases «la ideología tiene también carácter clasista, por cuanto expresa y defiende los intereses de las clases en lucha». De modo que los intereses de clase y el antagonismo de clases tiene su correlato en la lucha ideológica.

Las ilusiones ideológicas van tomando cuerpo a raíz de la división del trabajo en manual e intelectual. En cuanto se investigan los modos y relaciones de producción y las relaciones sociales que se dan tras dicha

(23) Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, Traducción de Isabel Vericat Núñez, Siglo XXI, Madrid 2010, pág. 80.

(24) Karl Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro I: *El proceso de producción del capital*, Traducción de Pedro Scaron, Biblioteca de los grandes pensadores, Barcelona 2003, oág. 75.

(25) Para todas las citas que tomamos del artículo «Ideología» que recoge las diferentes ediciones del *Diccionario soviético de filosofía* véase la página: <http://www.filosofia.org/enc/ros/ideo.htm>.

producción, inmediatamente se investigan las ideologías que se van configurando (ya de manera consciente o inconsciente), comprendiéndose que la clase dominante se impone material y espiritualmente frente a la dominada, conservando así sus intereses de clase, pues —como ya hemos anotado— para Marx lo importante y relevante no es lo que los hombres digan o piensen, sino lo que efectivamente hagan.

La conciencia falsa y deformada recae sobre las conciencias enclavadas socialmente que están determinadas por las relaciones de producción que actúan por encima de la voluntad de los propios actores. «Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas. Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono en ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulen la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean, por ello mismo, las ideas dominantes de la época»²⁶.

Vemos que, en terminología hegeliana, la ideología dominante vendría a ser el «Espíritu de la Época», que se va construyendo mediante el relevo de la «Antorcha de la Universalidad» que impone el dominio de la «Astucia de la Razón» a los intereses de la «Clase Universal», que sólo es la élite del funcionariado burgués del imperialismo alemán en marcha: la ideología alemana, la ideología del Espíritu Absoluto. Con lo cual la crítica a la ideología alemana supone el «proceso de putrefacción del espíritu absoluto»²⁷.

Marx interpreta la maquinaria del Estado como un instrumento en manos de la clase dominante, la cual, con su poder, encubre la división y conflicto entre las diferentes clases sociales y, a su vez, impone la tendencia de la llamada «opinión pública». La ideología dominante

enmascara y disimula las contradicciones, y al mismo tiempo oculta la forma de superar el modo de producción existente y ofrece soluciones falsas. La clase dominante presenta sus intereses particulares de clase como si éstos fuesen los intereses de la sociedad en general, y también actúa como si su ideología no estuviese condicionada por un contexto histórico determinado, sino como si fuese una ideología eterna o dada *in illo tempore*. La clase dominante trata de hacer ver que sus intereses particulares coinciden con el interés general, y que sus ideas son por tanto las únicas que son racionales y de vigencia incontestable e irrefragable. «La doctrina sobre las ideas eternas, al margen de las clases, sólo encubre la aspiración de las clases explotadoras al dominio eterno sobre las clases oprimidas»²⁸.

Es decir, la clase dominante impone su dogma como si éste fuese universal, hace de su ideología una ley universal, un imperativo categórico que culmina en el triunfo de la voluntad de la burguesía. Así, las clases dominantes estructuran las ideas convencionales en pos de sus intereses. «Los economistas proceden de una forma muy singular. Para ellos no hay más que dos tipos de instituciones, las del arte y las de la naturaleza. Las instituciones feudales son instituciones artificiales; las de la burguesía son instituciones naturales. En esto se parece a los teólogos, que también establecen dos tipos de religiones. Cualquier religión que no sea la suya es un invento de los hombres, mientras que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las relaciones actuales —las relaciones de producción burguesa— son naturales, los economistas dejan entrever que esas son las relaciones en las que se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por tanto, esas relaciones son en sí mismas unas leyes naturales independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre a la sociedad. De esta forma, la historia existió durante un tiempo, pero ya no existe. Existió la historia puesto que existieron las instituciones feudales, y porque en esas instituciones feudales encontramos unas relaciones de producción completamente diferentes de las de la sociedad burguesa, que los economistas quieren hacer pasar por naturales y, por lo tanto, eternas»²⁹.

De modo que, según critica Marx, los economistas burgueses postulan la perennización de las leyes sociales y las interpretan como leyes naturales y, por tanto, divinas, porque vienen a postularse como leyes eternas y, en consecuencia, se defiende que no es conveniente el cambio, puesto que lo natural, el *statu quo*, es lo mejor. Cuando un ideólogo, como fue el señor Eugen Dühring, «cree estar construyendo una teoría de la moral y del derecho para todos los tiempos y todos los

(26) Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Akal, Traducción de Wenceslao Roces, Madrid 2014, pág. 39.

(27) *Ibid.*, pág. 13.

(28) Véase el artículo «Idea» en el *Diccionario soviético de filosofía*: <http://www.filosofia.org/enc/ros/idea.htm>.

(29) Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, Traducción de Tomás Onaindia, Edaif, Madrid 2004, págs. 220-221.

mundos, lo que hace en realidad es trazar una imagen caricaturesca –arrancada de su base real, invertida como en un espejo cóncavo– de las corrientes conservadoras o revolucionarias de su tiempo»³⁰.

La Idea de Naturaleza –es decir, del *mito tenebroso* de la Naturaleza, o la ideología de la Naturaleza– tiene aquí un fuerte componente ideológico claramente favorable a los intereses de la clase dominante, pues viene a legitimar la absolutización y normalización del orden burgués. La burguesía alimenta al proletariado con «deseos piadosos», y su ideología dominante es el decorado que encubre la explotación. «Cuanto más capaz sea una clase dominante de incorporar a los hombres más eminentes de las clases dominadas, tanto más sólida y peligrosa será su dominación»³¹.

Por consiguiente, la ideología de la clase dominante, poseedora del poder material y espiritual, es decir, de los medios de producción y de los medios por los que puede difundir la superestructura ideológica, impone así un fenómeno de desrealización, ocultación y disimulo de las condiciones alienantes que hace que los dominados se imbuyan en una cierta pérdida de la realidad efectiva, siendo así presos del camelo idealista (ideológico) que beneficia a los dominadores, los cuales quieren que persevere el *statu quo* de la explotación y mantener así sus privilegios de clase, en detrimento de los explotados-alienados-pauperizados-mortificados. La ideología de la clase dominante hace que los dominados y explotados vivan en una ilusión, en una borrosa deformación de la realidad, en una pseudorealidad; espejismo que hace que la clase dominante legitime y justifique sus privilegios («de los atolondrados viven los aprovechados», dice el refrán). «Todos los fenómenos de deformación o inversión entrañan una cierta pérdida de la realidad, un adelgazamiento o una alteración esencial de la verdadera textura ontológica del mundo objetivo»³². En efecto, «la ideología religiosa del medievo –por ejemplo–, con su concepción de una jerarquía cósmica que reflejaba el orden feudal, significaba que la explotación del siervo por el señor era disfrazada como una subordinación del siervo a sus superiores naturales bajo el gobierno de Dios»³³.

El poder ideológico estaría, pues, en manos de la clase dominante, y las ilusiones utópicas se forjarían

(30) Friedrich Engels, *Filosofía (Esquemática del mundo. Filosofía de la naturaleza. Moral y derecho. Dialéctica)*, Versión al español de Ediciones en Lenguas Extranjeras Moscú, Ediciones R. Torres, Barcelona 1976, pág. 96.

(31) Karl Marx, *El Capital. Crítica de la economía política, Libro III: El proceso global de la producción capitalista*, Traducción de León Mames, Biblioteca de los grandes pensadores, Barcelona 2003, pág. 629.

(32) Gonzalo Puente Ojea, *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Siglo XXI, Madrid 2001, pág. 20.

(33) Karl Marx citado por Gonzalo Puente Ojea, *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Siglo XXI, Madrid 2001, pág. 21-22.

sobre las clases dominadas, pues la gente feliz ni planea ni lleva a cabo revoluciones (ni tampoco escribe o espera apocalipsis). Pero como señala Puente Ojea, la realidad «nos ofrece algo muy diferente: todas las clases sociales, en una situación histórica dada, *participan* de la ideología dominante, aunque desde intereses opuestos y mentalidades diferentes. Lo que denomino *horizonte utópico* de la ideología es *compartido* tanto por las clases dominantes como por las clases dominadas, si bien para las primeras ese horizonte funciona como referencia legitimadora de unos privilegios, mientras que para las segundas opera como explicación de su actual condición subordinada y, a la vez, como garantía de la expectativa de una satisfacción final de aspiraciones insatisfechas en el presente»³⁴.

En la lucha de clases no sólo se da el enfrentamiento entre los miembros de una clase contra los de otra clase diferente, sino que también se dan enfrentamientos entre sujetos y grupos de sujetos de una misma clase, como pudo observar Marx en los enfrentamientos entre los proletarios ingleses contra los proletarios irlandeses, encuentro (o desencuentro) intraclasista fomentado precisamente por las clases dominantes «a través de la prensa, el púlpito, las publicaciones humorísticas... En fin, por todos los medios que tienen a su disposición las clases dominantes»³⁵.

Asimismo, «en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases», de ahí que «*todo lo que sea* rebajar la ideología socialista, *todo lo que sea alejarse* de ella equivale a fortalecer la ideología burguesa»³⁶.

5. Ideología y revolución: crítica del pensamiento escatológico

Los velos de la ideología sólo pueden arrancarse –piensa Marx– con la fuerza de la revolución, por eso la crítica a la ideología venía a ser la reforma del entendimiento; porque –como le escribe a Arnold Ruge en septiembre de 1843– «nosotros no anticipamos dogmáticamente el mundo, pero a partir de la crítica del viejo pretendemos deducir el nuevo»³⁷.

(34) Gonzalo Puente Ojea, *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Siglo XXI, Madrid 2001, págs. 60-61.

(35) Citado por Jonathan Sperber, *Karl Marx. Una vida decimonónica*, Traducción de Laura Sales Gutiérrez, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2013, pág. 385.

(36) Vladimir Ilich Lenin, *Obras completas*, Tomo IV, Versión de Editorial Progreso, Akal, Madrid 1976, pág. 391.

(37) Karl Marx, «La cuestión judía», en los *Anales franco-alemanes*, Traducción de J. M. Bravo, Ediciones Martínez Roca, S.A., Barcelona 1970, pág. 66.

Si para Marx la conciencia falsa es reaccionaria, entonces la conciencia verdadera es revolucionaria; porque la toma de conciencia de explotación –además de las condiciones materiales que desarrollan los modos de producción– es requisito imprescindible para llevar a cabo la revolución, que en última instancia y en definitiva es de lo que se trataba. De modo que la ideología vendría a ser la conciencia falsa con la que la clase dominante quiere ocultar la cruda realidad para evitar la sublevación de las clases oprimidas y –según el joven Marx– «alienadas» (alienación que dispersa al Género Humano). De modo que la ideología de la clase dominante es el arma de la crítica que obnubila a las clases dominadas y les impide poner en marcha la revolución por la crítica de las armas. La ideología es, pues, la conciencia justificativa y legitimadora del régimen establecido que defiende la clase dominante, que es dueña de los medios de producción.

La revolución proletaria vendría a liberar a los dominados del velo ideológico de los dominadores. En la sociedad futura, que Marx suponía que sería la sociedad comunista sin clases (y por consiguiente sin Estados), el concepto de ideología como conciencia falsa perdería su vigencia, dado que para Marx el imperio de las ideologías se reduciría solamente al período de la prehistoria humana, puesto que en la verdadera historia humana llevada a cabo en esa sociedad desclasada (y desestatalizada) ya no habría revolución, sino simplemente evolución; y, por lo tanto, ya no harían falta enmascaramientos ideológicos, porque todo lo real empezará a ser racional y diáfano para los ciudadanos verdaderamente libres y emancipados de toda explotación. Y aunque se hable de «Hombre Total», esto no quiere decir que la historia desemboque en un acabamiento definitivo, en un estado ideal perfecto de la humanidad: «la historia, al igual que el conocimiento, no puede encontrar jamás su remate definitivo en un estado ideal perfecto de la humanidad; una sociedad perfecta, un “Estado” perfecto, son cosas que sólo pueden existir en la imaginación; por el contrario: todos los estadios históricos que se suceden no son más que otras tantas fases transitorias en el proceso infinito de desarrollo de la sociedad humana, desde lo inferior a lo superior. Todas las fases son necesarias, y, por tanto, legítimas para la época y para las condiciones que las engendran; pero todas caducan y pierden su razón de ser, al surgir condiciones nuevas y superiores, que van madurando poco a poco en su propio seno; tienen que ceder el paso a otra fase más alta, a la que también le llegará, en su día, la hora de caducar y perecer»³⁸.

Dice Puente Ojea citando a Engels: «La interpretación dialéctica de la historia impide radicalmente la visión escatológica, porque “esta filosofía dialéctica disuelve todas las nociones de verdad absoluta definitiva y de los

correspondientes estadios absolutos de la humanidad”, y “muestra la caducidad de todas las cosas y en todas las cosas”»³⁹. Pero resulta, como reconoce a continuación Puente Ojea, que tanto Engels como Marx «tenían la firme intuición de encontrarse “al comienzo de la historia de la humanidad”». También Jesús de Nazaret, el visionario de Galilea, tenía la firme creencia de vivir al final de la era premesianica, dado que su *Sitz im Leben* se situaba (*emic*) al final de los tiempos de la impiadosa dominación romana que daría paso al inminente Reino de Yahvé en la tierra prometida, siendo así Israel el nuevo y definitivo Imperio Universal (el Sacro Imperio Judaico). ¿No es acaso parecida esa división del fin de la prehistoria humana y el inicio de la verdadera historia humana que predicaban Marx y Engels a la división de la era premesianica de impiedad y dominación extranjera, y la era mesianica de piedad y dominación de Israel contra los impíos que predicaban Juan el Bautista y Jesús de Nazaret? Y que conste que mostrando el parecido no queremos postular la identidad, ya que hay obvias semejanzas, pero también importantes diferencias⁴⁰. Pero tanto el comunismo como el cristianismo son escatologías, y de hecho el comunismo –como la ciencia moderna– se incubó en suelo cristiano y no en suelo musulmán u oriental (aunque sí haya podido prosperar, a su modo, en Asia, como fueron los casos de China, Corea del Norte y Vietnam).

No me parece –pensando contra Puente Ojea– que la interpretación dialéctica de la historia del marxismo impida radicalmente la visión escatológica, pues ¿no es acaso escatológico postular para el futuro una sociedad sin clases y sin Estados en la que «cada uno da según sus capacidades» y «a cada uno se le da según sus necesidades», sin que exista ninguna impostura ideológica que impida la verdadera realización del ser humano, es decir, sin trabas hacia la esperada «emancipación»? ¿Es que acaso en la sociedad comunista futura ya no habrá *mitos tenebrosos* por *triturar*, es decir, ya no habrá conciencias falsas, y toda conciencia andará en la verdad o en el camino hacia la misma? En ese caso sería el fin de la filosofía, la llamada «realización de la filosofía», que ya esbozó el joven Marx en 1843 en la «Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel» en los *Anales franco-alemanes*.

Sostiene Puente Ojea: «El aspecto diferencial básico consiste en que mientras la ideología en sentido marxista *strictu sensu* es el producto de la *conciencia alienada*, la ideología de una sociedad sin clases es el resultado del esfuerzo analítico de una *conciencia real* y de la voluntad

(39) Gonzalo Puente Ojea, *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Siglo XXI, Madrid 2001, pág. 47.

(40) He analizado esto desde las mismas páginas del *El Basilisco*: <http://www.fgbueno.es/bas/bas47a.htm>. Y también en las páginas 505-551 de mi tesis doctoral *Materialismo y espiritualismo. La crítica del materialismo filosófico al marxismo-leninismo*: <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/71044/Materialismo%20y%20espiritualismo%20Copia%202.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

(38) Friedrich Engels, *Discurso ante la tumba de Marx*, Progreso, Moscú 1981, págs. 357-358.

teleológica plenamente consciente y dueña de sí en el contexto de una reflexión científicamente fundada»⁴¹. ¿No suena todo esto a una escatología de la racionalidad científica, una especie de quiliastro gnoseológico que delira objetivamente sobre una *plenitudo temporis* en la que se consagra una *mathesis universalis*, en sintonía con el *fundamentalismo cientificista interdisciplinar*? ¿No se vendría con esto a sustituir el *fundamentalismo religioso* por otro *fundamentalismo*, si cabe aún más peligroso por su aparente evidencia, como es el *fundamentalismo cientificista*?

El joven Marx insinuaba en sus manuscritos parisinos de 1844 algo así: «En un futuro la ciencia de la naturaleza será la ciencia del hombre y a la vez se hallará subsumida bajo ésta: no habrá más que una ciencia»⁴². Esta escatología, que postula una ciencia que explique todo y el fin de la explotación del hombre por el hombre, hacen que Marx y Engels, más que los abanderados de un socialismo supuestamente científico, sean más bien los más consumados socialistas utópicos. De hecho, el proletariado como clase universal que emanciparía al Género Humano fue sólo una conciencia falsa que la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial (por no hablar del conflicto chino-soviético o de la propia caída de la Unión Soviética) pusieron en evidencia. Y esto ni mucho menos deja intacta a la doctrina de Marx.

6. La ideología también puede ser conciencia verdadera

Para Lenin, por su parte, el término «ideología» no significaba necesariamente «conciencia falsa», pues todo depende del contenido de determinada ideología, y la ideología socialista y revolucionaria era la que él y los suyos intentaban inculcar a los obreros; y el socialismo, lejos de ser una «conciencia falsa» era, a su juicio, una conciencia verdadera.

La ideología puede entenderse ahora como una forma de luchar contra la conciencia falsa. De ahí que para Lenin toda teoría sea ideológica, al margen de su falsedad o veracidad. La ideología del Partido es entendida como la teoría correcta, cuyo «espíritu de partido» se decanta por el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, y de este modo se identifica ideología proletaria y ciencia positiva.

En el ya citado *Diccionario soviético de filosofía*, en la edición de 1939 (1946 en español), se afirma que la ideología «es una forma de conciencia social», y en sintonía con la posición *adecuacionista* del Diamat, se subraya que todas las formas de ideología «son reflejos de la existencia social». Y sin que se señale en ningún

momento a la ideología como conciencia falsa (o como conciencia necesariamente falsa) se afirma: «el marxismo-leninismo es la ideología de la clase obrera, la fuerza ideológica más grande del partido comunista y de la clase obrera en la transformación revolucionaria, socialista, de la sociedad. En cambio, la ideología burguesa actual es una fuerza reaccionaria, que sirve los intereses de la burguesía en su lucha contra la clase obrera y contra el socialismo. El idealismo, el clericalismo y el obscurantismo, la renuncia a la ciencia, la prédica del chovinismo y del racismo, son los rasgos característicos de la actual ideología burguesa. La victoria de la clase obrera y del socialismo destruye la base que nutre a la ideología burguesa. La eliminación de la influencia de la ideología burguesa sobre los hombres no se realiza de por sí, automáticamente, sino a través de una tenaz lucha ideológica». Es decir, la ideología marxista-leninista es interpretada como la conciencia verdadera y la ideología burguesa como la conciencia falsa. Y a la revolución marxista-leninista, que eliminó la influencia de la ideología burguesa, como se matiza en la edición de 1955 (1959 en español), no se llega de manera espontánea, «sino a través de una cruel lucha de ideas contra ella».

En la edición de 1963 (1965 en español) ya se habla de las «clases reaccionarias» que originan una «ideología falsa»; luego si se habla de ideología «falsa» es porque se da por supuesto que también existen ideologías verdaderas, y para los autores del diccionario la ideología verdadera es sin duda el marxismo-leninismo; de ahí que se diga: «la ideología puede constituir un reflejo verdadero o falso de la realidad, puede ser científica o no científica... El marxismo-leninismo es una ideología auténticamente científica, expresión de los intereses vitales de la clase obrera, de la inmensa mayoría de la humanidad, deseosa de paz, de libertad y de progreso».

En las diferentes ediciones del *Diccionario soviético de filosofía* se hace referencia a la ideología como «parte de la superestructura». En la edición de 1980 (1984 en español) se sostiene que la ideología «puede ser un reflejo auténtico o falso de la realidad, puede ser científica o acientífica», y se señala que «los intentos de “desideologizar” la ciencia y la filosofía, que de hecho se reducen solo a separarlas de la lucha de clases y menoscabar el papel del marxismo-leninismo, la única ideología que ofrece un análisis objetivo y rigurosamente científico de la realidad».

De modo que, en el Diamat soviético, el término ideología perdió su connotación peyorativa y empezó a ser un concepto sincategoremático, esto es, siempre haciendo referencia al grupo en el que se incardina la ideología y el contenido de la misma. Por tanto, el término ideología empezaba a entenderse como «ideología de» un determinado grupo que defiende determinadas ideas; luego «ideología» venía a ser sinónimo de sistema de

(41) Gonzalo Puente Ojea, *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Siglo XXI, Madrid 2001, pág. 50.

(42) Karl Marx, *Manuscritos de París*, Traducción de José María Ripalda Crespo, Gredos, Madrid 2012, pág. 523.

concepciones e ideas, las cuales pueden ser falsas o no, y puede abarcar las esferas políticas, jurídicas, morales, estéticas, religiosas y desde luego filosóficas. En la ideología el ser social se refleja desde un ángulo concreto los intereses de una determinada clase enfrentada a la ideología de otras clases. La ideología vendría a ser una especie de brújula de un determinado grupo en la actividad política y social. La ideología, decimos, no tiene que ser necesariamente falsa, y puede tener un compromiso con la verdad, es decir, puede ser una conciencia verdadera, y por ello no toda ideología es ilusoria o impostora.

El término ideología puede entenderse, entonces, como sistema de ideas, lo que vendría a significar lo mismo que filosofía, dado que el objeto propio de la filosofía (y no de las ciencias) son las Ideas, puesto que *el papel de la filosofía en el conjunto del saber* consiste en relacionar y sistematizar las conexiones y desconexiones que hay entre las mismas. Aunque, en rigor, no existe «la» filosofía, pues «las» filosofías son muy diversas y se piensan necesariamente unas frente a otras para poder constituirse y definirse. Luego todo sistema filosófico se posiciona frente a constelaciones de sistemas filosóficos e ideologías diversas.

Pero la filosofía (al menos la filosofía que postulamos desde el *materialismo filosófico*) no es una ideología; y las ideologías –como las verdades científicas, las técnicas y la situación política– son materiales para la reflexión filosófica, es decir, para la crítica filosófica (si entendemos la filosofía como un *saber de segundo grado* que reflexiona objetivamente sobre *saberes de primer grado*). Aunque también cabría decir que, si toda filosofía es de algún modo una ideología, ello no quiere decir que toda ideología sea filosófica, pues también podría ser de naturaleza mitológica o religiosa, e incluso artística y deportiva.

Entonces, ¿cuál es, según el Diamat, la relación entre ideología y filosofía? «La naturaleza de la filosofía, tal y como la presenta el Diamat, la hace necesariamente ideológica, esto es, necesariamente tiene que reflejar y estar conectada con el interés de algún grupo social determinado. El problema teórico surge cuando dicha caracterización se aplica a la filosofía marxista-leninista, que pretende ser una *revolución* en la historia de la filosofía y tener un valor de verdad universal. ¿Es ella también ideológica? Por supuesto, afirmarán los diamatistas, pero introduciendo una distinción cualitativa entre la filosofía marxista-leninista y las filosofías anteriores. El Diamat se postula a sí mismo como una “revolución en filosofía”, una fisura en la historia de la filosofía universal, pues supone el establecimiento de la filosofía como ciencia verdadera. Así, la filosofía marxista-leninista pretende ser a la vez ideológica y científica, vinculada a un grupo social y a la vez capaz de reflejar con sus categorías y leyes universales la realidad objetiva. El problema entonces

se plantea del siguiente modo: ¿hasta qué punto puede ser universalista una filosofía que se declara a sí misma como comprometida indisolublemente a los intereses de un grupo particular?»⁴³.

Como dijo Plejánov, «el origen, cambio y destrucción de la asociación de ideas, bajo la influencia del origen, cambio y destrucción de ciertas combinaciones de fuerzas sociales, explica en alto grado la historia de la ideología»⁴⁴. Se ha dicho también que la ideología no es una verdad objetiva, ni tampoco un error, «sino algo que puede *convertirse* en verdadero mediante la Lucha y el Trabajo, que propiciarán que el Mundo se adecue al ideal. La prueba de la Lucha y el Trabajo vuelve verdadera o falsa una ideología. Al final del proceso revolucionario observaremos que lo que se ha realizado no es la pura y simple ideología de la que partimos, sino algo diferente y que es la verdad (“*realidad* revelada”) de esta ideología»⁴⁵. «Con la propaganda, toda ideología se convierte en otra cosa distinta a la que es; se vuelve impura y mentirosa»⁴⁶. Luego la ideología purificada de propaganda puede ser verdadera.

Asimismo, se ha sostenido que la ideología no es «una aberración o una excrecencia contingente de la Historia: constituye una estructura esencial en la vida histórica de las sociedades»⁴⁷.

Luego, a pesar de que con Marx el significado del vocablo «ideología» pasó a ser sinónimo de «conciencia falsa» y tuvo –como lo tuvo desde el reproche de Napoleón– un sentido peyorativo, con el desarrollo del comunismo «ideología» pasó a tener un significado no incompatible con la verdad.

Recibido: 3/9/2018

Aceptado: 15/11/2018

(43) José Ramón Esquinas Algaba, *La Idea de Materia en el Materialismo Dialéctico*, Tesis Doctoral, Universidad de Oviedo, 2015, págs. 237-238.

(44) Citado por Bujarin, N. I., *Teoría del materialismo histórico*, Traducción de Pablo de la Torriente Brau, Gabriel Barceló y María Teresa Poyrazián, Siglo XXI, Madrid 1974, págs. 322-323.

(45) Alexander Kojève, *Introducción a la lectura de Hegel*, Traducción de Andrés Alonso Martos, Trotta, Madrid 2013, pág. 160.

(46) *Ibid.*, pág. 180.

(47) Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Traducción de Marta Harnecker, Siglo XXI, México D. F., Madrid y Buenos Aires 1976, pág. 193.